

Un misericordioso camino

Un año más por estas fechas, la conmemoración de Todos los Fieles Difuntos nos sitúa frente al misterio de la muerte y los diversos sentimientos que despierta: miedo, impotencia, desconcierto... Una terca evidencia, que nos llama a acompañar en el dolor a enfermos y familiares, a la búsqueda de un consuelo que reconforte desde la fe en este inevitable trance. La presente reflexión, que el autor compartió durante unas Jornadas Nacionales de Delegados de Pastoral de la Salud (2007), nos invita ahora a redescubrir la pastoral del duelo como mano tendida de la Iglesia y una de las más entrañables formas de evangelizar en el mundo de hoy.

I. FRENTE A LA MUERTE, LA COMUNIDAD DE LA ESPERANZA

En conversaciones coloquiales muchas veces hemos oído decir: "En esta vida todo tiene solución, menos una sola cosa...". Y yo pienso para mis adentros que "esa cosa", la realidad de la muerte, también tiene solución, cuando somos capaces de encontrarle un sentido, de encajarla en la luz de la esperanza cristiana y de estar dispuestos a poner en marcha todo lo que implica un verdadero trabajo de elaboración del duelo de manera integral. Entonces, lo que humanamente hubiera de constituir un motivo de hundimiento psicológico y humano, se convierte en una fuente de energía para seguir viviendo la vida con nuevos horizontes. Y entendemos que merece la pena creer, amar y luchar, porque hasta esa realidad última y demolidora puede llegar a tener



una solución positiva y saludable. En este sentido, habría que darle la razón a **S. Freud** cuando afirmaba que "para soportar la vida hay que estar dispuesto a aceptar la muerte". Se ha hablado y se ha escrito mucho sobre la muerte. Hoy es casi un tema obsesivo. Yo mismo cuento con una bibliografía de más de 300 obras sobre el amplio tema de la tanatología. Pero no basta con leer o escribir sobre ello; nos encontramos ante una realidad más vivencial. Tomo del periodista **M. Castells** un texto de su *Observatorio global* en un diario barcelonés que titula "Morir", publicado en abril de 2007: *"En las últimas semanas han muerto en torno a mí varios amigos y conocidos; algunos de mi edad, otros menos viejos, otros mucho más jóvenes. Es como si un mal viento soplara en estos rincones de la existencia. Con algunos he podido dialogar (bendito Internet) durante su proceso terminal. Con otros he hablado. De otros me han contado. En todos encontré la serenidad, el valor y, a la vez, la sorpresa de que de repente esto se acaba. Una sensación que yo también experimenté cuando sentí muy de cerca el negro aleteo. Y es que, a pesar de que la muerte es nuestra única certidumbre, nuestra cultura se basa en un esfuerzo constante para exiliarla de la vida. La vivimos siempre como la muerte del otro o la banalizamos en las películas y en las imágenes de actualidad, donde la acumulación de muerte, de sangre y de horror cotidianas nos instala en la indiferencia del espectador".* Pero no porque la evitemos o neguemos la muerte deja de hacerse presente de forma machacona e inoportuna. Personalmente, me he tomado la molestia de seguir la estadística de los fallecimientos de la ciudad de Madrid facilitados por la prensa durante unas semanas, y he podido comprobar que oscilan a diario alrededor de 90 personas, unas 32.000 al año. Cada uno de nosotros podría hacer rápidamente una estadística casera del impacto de la muerte en su propia ciudad, pueblo, parroquia, hospital, etc. Yo puedo garantizar que me topo con ella

más de una vez al día, unas 400 veces al año.

Estoy de acuerdo con **J. A. Pagola**¹ en que nunca ha sido fácil morir. Ante la muerte, el ser humano experimenta casi inevitablemente un conjunto de sentimientos dominados por el desconcierto, la impotencia y el miedo. Tampoco el hombre actual sabe cómo enfrentarse a la muerte. Ya no se acierta a morir de forma religiosa, como en otros tiempos, con la confianza puesta en Dios; pero todavía no se ha descubierto una actitud nueva ante la muerte. Tal vez es ante la muerte donde aparecen con más claridad la verdad y los límites de la cultura actual, que no sabe exactamente qué hacer con ella, si no es ocultarla y retardar al máximo su inevitable llegada. La Iglesia –continúa Pagola– ha de escuchar “las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo”, como afirmaba la *Gaudium et Spes*, ante la muerte. Ella está llamada a ser también hoy **la comunidad de la esperanza**, y su primera tarea es despertarla en el corazón de los hombres. Ahí encuentra su verdadera identidad; lo que le convierte en **testigo del Resucitado**. A lo largo de estas páginas voy a ir aportando retazos de la entrevista que en una publicación mensual² se le hizo a **Julia**, una joven manchega que tiempo atrás sufrió un accidente de tráfico que truncó las ilusiones y esperanzas de su familia. La pérdida de su marido y dos de sus hijos todavía muy niños, a los que amaba profundamente, constituyen una ausencia enorme; pero su cercanía a Dios, a su hijita nacida tan sólo un mes después del accidente y el amor de sus padres y hermanos son para ella unos firmes baluartes en el actual proceso de recuperación y elaboración del duelo. Pero no en todos los procesos de pérdida se da una actitud creyente similar. Estoy con J. A. Pagola³ en que esta sucesión de muertes acontece, muchas veces, en un clima de indiferencia religiosa y crisis de fe. En poco tiempo, ha cambiado profundamente la concepción de muchos sobre el **más allá**. Debilitada la fe, ha crecido la incertidumbre sobre la vida después de la muerte. Personas que se dicen cristianas admiten no creer en la resurrección. Poco a poco, penetra en algunos sectores la creencia más

o menos confusa en alguna especie de reencarnación, sin caer en la cuenta de la fina observación de **O. Wilde** de que “el que vive más de una vida está obligado a morir más de una muerte”. Poco a poco, la muerte de bastantes personas se ha convertido así en un hecho despersonalizado, integrado en el proceso secular de la existencia técnica, y vaciado, en gran parte, de un contenido humano y religioso.

II. ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL EN LA TOTALIDAD DEL PROCESO

El enfermo grave y su familia experimentan una serie de necesidades espirituales que deben ser detectadas y acompañadas en la totalidad del proceso; aunque ciertamente, en muchas ocasiones, sea muy difícil seguir y apurar cada caso por una misma persona o equipo al abandonar obligatoriamente nuestro ámbito habitual de actuación. Lo ideal, y hay ocasiones en que sí

pastoral. Las circunstancias concretas nos llevarán luego a que sean distintas las personas y los lugares donde se celebre el sacramento de la Unción, la visita pastoral, la oración fúnebre, la Eucaristía exequial o el seguimiento de una persona en duelo. Pero eso no obsta a que, en la medida de lo posible, se desee y se propicie la continuidad de cada uno de los procesos de acompañamiento espiritual; y tenemos abundantes testimonios de ello. Retomamos el caso de Julia: *“El coche pierde el control y se sale de la carretera. Un muro de hormigón y una familia rota. Julia sueña. Se despierta en la U.C.I., inmóvil, sólo con la mente ágil y la fe latente. Al otro lado del cristal, unos padres, tíos y hermanos le acompañan todo el tiempo. Julia reconoce la mano de Dios en que la fe la cegase. Diez días de cuidados intensivos y la posibilidad de haber perdido a su familia no empañan ni un solo segundo su alma. El hospital al completo se*

La muerte revela con más claridad y verdad los límites de nuestra cultura

puede hacerse, sería el acompañar espiritualmente al enfermo y su familia: antes, es decir, durante el desarrollo de la enfermedad, bien sea en el hospital o en el propio domicilio; en, o sea, cuando sobreviene la muerte, y todo lo que en torno a ese momento puede y debe realizar el equipo de pastoral; y tras, esto es, cuando la familia o el cuidador principal viven sus primeros momentos de duelo después de producirse la pérdida.

Es difícil que se consiga un buen trabajo pastoral con una sola intervención o signo de presencia en cualquiera de estos momentos secuenciales, por muy intensa o bien preparada y celebrada que haya sido la intervención. Esto nos urge a intentar hacernos presentes como agentes de pastoral o como equipo en la totalidad del proceso y, además, a profundizar y celebrar cada momento del contacto con el enfermo y su familia como si de ello dependiera el resultado global de nuestra acción

vuelca en ayudar a la familia: capellanes, enfermeros, médicos e incluso desconocidos. Cómo decirselo, cómo hacerle despertar”.

III. ILUMINANDO YA EL DUELO ANTICIPADO

En el proceso de enfermedad muchos pacientes descubren el encanto o valor de realidades a las que anteriormente no se lo atribuían. Ante la proximidad de la muerte o cuando ésta se empieza ya a vislumbrar dada la evolución de la enfermedad, para el enfermo y sus familiares más significativos pueden aparecer algunos puntos de luz: descubrir nuevos valores (el más apreciado es el de las relaciones afectivas), ver la vida como un misterio, considerar que su trayectoria vital ha tenido un sentido, que está siendo capaz de manejarse y aun de crecer en medio del sufrimiento... Estamos en el antes previo a los momentos del final,

de la pérdida que conlleva la muerte. Es la hora de ir acompañando al enfermo y a su familia, ir aceptando la evidencia e ir elaborando anticipadamente la situación de duelo por la pérdida de la salud y, de forma más o menos inminente, de la propia vida. Diríamos que, a nivel espiritual, el enfermo tiene necesidad de encontrar respuesta a la pregunta por el sentido y valoración personal de la muerte, su propia muerte, y también siente la necesidad de experimentar la continuidad de la historia humana, **su propia historia personal en el futuro próximo, más allá de la muerte.** Por tanto, el agente espiritual deberá permitir que el enfermo exprese sus miedos, sus sentimientos e incertidumbres respecto a la muerte y que la llame por su nombre sin que nadie le acalle, o dejándole a él la iniciativa. Y respecto al futuro, se le ha de propiciar la sensación de que alguien tomará el relevo en la cadena de obras y afectos como prolongación de su vida adelante. Su tiempo limitado en esta vida puede ser vivido por él y los suyos como una frustración, pero también puede estar abierto a lo trascendente. De ahí la importancia del mensaje vivencial cristiano de la esperanza y la confianza en el más allá junto a Dios, o la creencia para otros en la reencarnación, o la universal ansia de inmortalidad. Darle la confianza de que su vida se prolongará de otra manera en los suyos a través de sus buenas obras realizadas. En relación con la familia o el cuidador principal, observamos que frecuentemente se siente desbordada y desconcertada ante la proximidad de la muerte de su ser querido, preguntándose qué va a pasar, cómo lo van a encajar, cómo va a ser el vivir sin él/ella. Al agente pastoral se le brinda una extraordinaria oportunidad de acercarse, en la medida que el grupo o la persona interesada se lo permita, y de aprovechar esos momentos de soledad para pulsar sentimientos, creencias, temores; para poder acompañar, orientar, interrogar, reforzar conductas positivas... La muerte es el mayor **agujero negro** de nuestro mundo actual, y no podemos olvidarlo nunca.

"Han pasado cuatro meses desde el accidente de la familia de Julia y es impresionante ver cómo ha mejorado su salud física. La otra salud, sin embargo, va poco a poco, paso a paso: 'Es duro, hay muchas cosas a las que aún me tengo que acostumbrar'-dice Julia-. La pérdida ha sido inmensa y el dolor es aún más grande. Para la joven esposa y madre, su familia lo era todo. Con Fran, su esposo, había proyectado un futuro lleno de aventuras y desafíos, alegrías inmensas y felicidad. Ahora, tras el brutal accidente, todo eso ha cambiado: 'Me he quedado tuerta, manca, coja..., como si me hubieran partido por la mitad'".

IV. ATENCIÓN INTEGRAL PARA UNA EXPERIENCIA HUMANA COMPLEJA

De las muchas definiciones de duelo que hay en la literatura técnica sobre este tema, traigo la que creo más amplia para el trabajo que nos ocupa. La presenta I. Cabodevilla⁴, psicólogo muy avezado en el acompañamiento integral al enfermo en estado terminal. Según este autor, **el duelo es la respuesta emotiva a la pérdida de alguien o de algo.** Cada pérdida significativa, cada desapego de una posición, objeto o ser querido, provoca una serie de reacciones o sentimientos que nos hace pasar por un período que llamaremos duelo. Es importante diferenciar a nivel metodológico este triple nivel:

- **Duelo:** como estado de una persona que experimenta dolor ante una pérdida, y lo hace de una manera más o menos manifiesta.
- **Luto o ritos del duelo:** manifestación pública del duelo o expresión social del comportamiento y las prácticas posteriores a la pérdida.
- **Elaboración del duelo:** proceso psicológico complejo para deshacer los lazos contraídos, enfrentarse al dolor de la pérdida e integrar de una manera renovada la figura del ser querido en el mundo interno de los afectos.

En toda situación de duelo hay una serie de reacciones o manifestaciones que consideramos *normales*, que permiten a los familiares elaborar gradualmente esa pérdida. Todas ellas quedan detalladas

en los distintos tratados sobre el tema⁵, y afectan a los **niveles físico, emotivo, mental, social y espiritual.** La vivencia del duelo es un fenómeno profundamente humano, extraordinariamente complejo y, por ello, afecta a todas las áreas de la persona, globalmente considerada. Pero en la vivencia del duelo tras sufrir una pérdida significativa también pueden aparecer reacciones atípicas o lo que llamamos **señales de alerta.** Y es muy importante que el acompañante o agente de pastoral sepa valorar cuándo ha llegado el momento de orientar a la persona en duelo a recabar la ayuda de un profesional, de la relación de ayuda, y en qué momento percibe que existe el riesgo de que el proceso pueda derivar hacia un **duelo patológico.** Diríamos que ante la persona en duelo es importante saber acompañar, pero no lo es menos saber derivar o pedir ayuda cuando se crea llegado el momento. Si decimos que una pérdida significativa afecta al conjunto de la persona en toda su profundidad y puede llegar a hacerle cimbra los propios cimientos de su identidad, debemos entender que una buena atención a dicha persona o personas pasará por una **atención integral**, que en muchos casos se quedará en la utilización de los recursos afectivos y psicológicos de la propia persona o los que le brinden el grupo familiar y los amigos íntimos, pero que en otros casos ha de ser ampliada mediante un acompañamiento psicológico especializado y/o el establecimiento de una atención espiritual con la sencilla y continuada presencia de los visitantes de enfermos, que desde la parroquia les acompañaron durante más o menos tiempo a lo largo de la enfermedad de su familiar o a través de alguna entrevista puntual y específica del agente de pastoral de la salud convenientemente formado.

V. LA FE: UNA BUENA HERRAMIENTA EN EL DUELO

Como muy certeramente afirma A. Pangrazzi⁶, todo ser humano posee una dimensión interior propia que, de alimentarla o no, le permite emerger de las adversidades reforzado o debilitado.



Enfrentarse a la muerte puede poner en crisis una visión ingenua de la fe

El **patrimonio espiritual** está caracterizado por los valores humanos y de expresión religiosa que el individuo ha integrado y que le han transmitido la familia, la Iglesia, la escuela o la vida. **El impacto con la muerte** puede poner en crisis una determinada y, a veces, ingenua visión de la fe, pero también puede madurar y profundizar las convicciones. Pensamos, asimismo, que el duelo no sólo es un proceso y un trabajo psicológico, sino que reclama a su vez la puesta en marcha de una gran energía espiritual procedente de nuestro propio mundo de creencias y valores. Y si no, ¿cuántos duelos no han llegado a su elaboración de una manera suficientemente sana en un ir y venir a la Eucaristía diaria en el templo parroquial o en la visita al cementerio para llorar y rezar ante los restos del difunto, disfrutando o buscando un

consuelo espiritual que otras personas de la familia andan mendigando en otros lugares o personas? Siguiendo a nuestro mentor A. Pangrazzi, como pastoralista y agente de relación de ayuda experto en estos temas, el trabajo espiritual en torno a muerte y duelo se ciñe a temas como: la conciencia de la propia finitud, la ilusión de inmortalidad, el papel que Dios juega en todo ello y la misma imagen que se tiene de Él, la búsqueda de significado y de un sentido para la vida. La muerte y el consiguiente trabajo posterior de duelo ha de ser también un **lugar idóneo para el anuncio del Evangelio** y la llamada a la conversión⁷. Por una parte, se trata de una experiencia crucial y decisiva en la existencia humana: en primer lugar, para la persona que muere, pero también para la que vive de cerca la muerte

del ser querido. Ese momento crítico, en el que la vida parece ser absorbida definitivamente por la muerte, puede ser en la sociedad actual experiencia privilegiada para ayudar al hombre y la mujer a plantearse el sentido último de su vida y para anunciarles lo que constituye el núcleo de la Buena Nueva cristiana: la salvación de Cristo resucitado.

Por otra parte, la experiencia universal de la muerte crea un **espacio de encuentro** de todas las personas, independientemente de sus ideologías y creencias, y de su modo de enfrentarse a la muerte y juzgar su realidad.

La muerte de una persona concreta convoca a todos los que se han relacionado significativamente con ella, sean como sean y piensen lo que piensen. De hecho, no hay un espacio social como las exequias donde se pueda anunciar de manera más nítida el mensaje cristiano: a los creyentes, para reafirmarlos en su fe en Cristo resucitado; a los indiferentes y agnósticos, para invitarlos a creer en el Dios de la vida.

En muchas ocasiones se nos ha preguntado directamente si es cierto que **la fe ayuda a superar la muerte** de un ser querido. Numerosos terapeutas e investigadores en temas de duelo llegan a afirmar que la fe es una "herramienta" más. Para muchas personas, una herramienta muy importante⁸, y que sólo la utiliza quien la tiene a su alcance. Algunos que no la tienen envidian a los que la tienen. Y otros se irritan contra sí o contra los demás por no tenerla a su alcance en ciertos momentos. Cuando perdemos a un ser querido, nos encontramos solos frente a esa situación pertrechados con nuestra propia caja de herramientas. Y estamos obligados a elaborar esta pérdida dolorosa solamente con las herramientas que poseemos, no con las que deseáramos tener en ese preciso momento. Incluso, en más de una ocasión, no vemos todas las herramientas con las que contamos, y alguien más avezado en estos asuntos nos las tiene que mostrar o ayudar a encontrarlas con los ojos bañados en lágrimas.

Ante la muerte de un ser querido, nos vemos obligados a abrir nuestra caja de herramientas. Y allí está también tu fe.



No la fe en abstracto, sino tu propia fe, la que tú has recibido y trabajado a lo largo de tu vida: si la conservaste de manera infantil, se mostrará como una fe inmadura; si se fue inflando de fobias, de temores estará llena; y si la cuidaste día a día, seguramente te sorprenderá como una realidad madura y enriquecedora para este delicado momento de tu vida. Esa fe no te habrá evitado el dolor y la realidad de la pérdida, pero sí que te puede ayudar a afrontarla.

La fe madura ilumina la irreversibilidad de la muerte del ser querido, el hueco que deja y la ausencia crónica que ya nos acompañará de por vida. La luz que en estos momentos nos brinda la fe está envuelta de lágrimas serenas, en silencio necesario, en gozo sin palabras, en tristeza adecuada y en ganas de vivir, sabiendo que, a partir de ahora, posiblemente se inicie una carrera llena de obstáculos, pero que uno no se encuentra solo. Cristo te acompaña, sin hacer ruido, como en el camino

de Emaús. En realidad, Él siempre ha estado ahí y ahí sigue presente, aunque haya habido o siga todavía habiendo momentos en que siento que se hace el ausente.

Traemos nuevamente el testimonio de Julia: *"Los padres y hermanos no la dejan sola ni un segundo; la han acompañado siempre durante estos momentos tan duros y ella ha encontrado en ellos un gran apoyo. 'Sin embargo, lo que más me ha ayudado claramente es la fe'. Julia es una mujer creyente que ama a Dios. Aunque no le fue fácil, aceptó su voluntad sin reprocharle nada. 'Si Él lo ha querido así, es porque tiene su plan. Todo es Providencia y todos estamos en sus manos...'*

Ante los horrores de esta vida, el dolor es una reacción natural del ser humano, y hundirse es una de las primeras respuestas espontáneas. En ese momento las personas creyentes se encuentran ante una encrucijada: fortalecer la fe o perderla. 'En mi caso -afirma Julia-, me ha servido para fortalecerla aún más. Es absolutamente necesario para superar los momentos difíciles fortalecer y alimentar nuestra fe'".

Pero no todas las personas en duelo tienen las profundas creencias y el temple de Julia. La fe es un regalo, que como se ha recibido gratis solamente se puede entregar y compartir con los demás de manera gratuita. Con sencillez y respeto. Con naturalidad. Sin imponer ni avasallar. A modo de invitación que hace humilde a quien la da y engrandece a quien la recibe.

VI. COMUNICAR ESPERANZA CRISTIANA

El hombre puede ser herido por sorpresa, pero tras el golpe necesita volver sobre sí, reflexionar, discernir, consentir o rechazar. Ante la muerte, la muerte de su propia madre viuda, se pregunta **O. González de Cardedal**⁹, como insigne teólogo e hijo único, ya huérfano: *"¿No tiene el hombre otra posibilidad que el silencio, la mudez, la desistencia? Si sólo fueran posible esas actitudes, la muerte del prójimo sería casi la muerte propia".* La muerte, que no es pensable, necesita ser pensada; que no es deplorable,

necesita ser llorada; que no es decible, necesita ser dicha; que no es integrable, necesita ser integrada. Sólo así el hombre hace justicia a los hechos reales y a la no menos real necesidad de ser libre en el mundo y de mantener enhiesta **la esperanza**. Y la esperanza agonizaría –concluye el teólogo citado– si el hombre no tuviera otra posibilidad que el silencio resentido o el rechazo violento. La suerte de los cristianos es que **nuestra fe en Cristo muerto y resucitado se nos presenta como una Buena Noticia** para iluminar de una forma potente los momentos de mayor oscuridad antropológica, como son la enfermedad, la muerte y el consiguiente período de duelo posterior. Toda la actuación de la Iglesia, afirma J. A. Pagola¹⁰, está inspirada e impulsada por su fe en Cristo resucitado. Al prestar su servicio a los seres humanos, ella ha de ser y ha de aparecer como signo de **esperanza cristiana**. Es la fe en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo lo que se halla en juego en la pastoral desarrollada en torno al morir, a la muerte y el duelo. No se trata de hacer de la muerte una especie de obsesión, ni de los funerales el centro de la pastoral de una parroquia, pero sí de que la comunidad cristiana invite a mirar a la muerte y al período de duelo que luego conlleva con realismo y con esperanza, como una realidad abierta a la comunión definitiva con el Dios que resucitó a Jesucristo. La esperanza cristiana, cimentada en el núcleo del mensaje cristiano de la muerte y resurrección de Cristo, y que nos brinda una vida plena junto a Dios en el más allá de nuestra propia muerte, no puede ser solamente una afirmación bella y rotunda, aprendida y comunicada sin mayor implicación. Es en estos momentos donde el creyente ha de demostrar que se trata de **una verdad profundamente integrada, creída,**

vivenciada y luego proclamada. Sólo así la esperanza cristiana puede ser realmente contagiosa y convincente¹¹. Traigo aquí el sugerente comentario de **Gregorio García**, capellán del tanatorio de Málaga: *“Más de 300.000 malagueños pasan al año por la capilla del cementerio. Algunos, varias veces... Tengo en mi biblioteca casi todo lo que se ha publicado sobre la esperanza. Con frecuencia experimento la angustia de no saber ser puente entre mis libros y las muchas personas que diariamente acuden al tanatorio”*. Y de las afirmaciones y sentimientos de teólogos y pastoralistas, pasamos una vez más a recoger el testimonio de Julia, la joven madre y viuda, que perdió de un solo golpe a su esposo y sus dos hijitos mellizos. *“Su vida, desde la infancia, así como su noviazgo y el matrimonio que sólo duró tres años, se han regido por la fe y la confianza en Dios. Por ello está muy segura del lugar en que se encuentra su marido: ‘Es toda una certeza; sé que está en el cielo siendo más feliz de lo que yo jamás podría haberlo hecho’. La sonrisa de Julia refleja un interior lleno de paz, de consuelo. En el accidente, un milagro le salvó la vida; hoy el milagro de que siga viviendo con esa actitud fuerte, confiada y esperanzada, lo hace la fe. Julia continúa su vida, empieza de nuevo, junto con la de su hija Sara, nacida sólo un mes después de la muerte de su padre y sus hermanitos, y afirma: ‘Estoy tranquila, confío en Él. Yo sólo espero mi tercer día de resurrección. Sé que llegará’”*.

VII. APORTACIÓN DE LA IGLESIA

Siguiendo los comentarios del citado A. Pangrazzi¹² en su ya clásica obra acerca de la muerte y el duelo, suscribimos con él que la aportación de la Iglesia, en el caso de los hombres

y las mujeres probados por el dolor de una pérdida y en búsqueda de significado, se realiza a través de tres vías diversas:

La liturgia

La finalidad de los ritos cristianos o liturgia de exequias no es la de venerar el cuerpo, sino la de:

- Celebrar la memoria del difunto.
- Afirmar el valor de la vida.
- Colocar el acontecimiento de la muerte en el horizonte de la esperanza cristiana.

Esta liturgia se articula hoy preferencialmente en los siguientes contextos:

- La vigilia de oración en la casa del difunto o en una capilla; la oración de despedida en el tanatorio o en el propio hospital¹³.
- La celebración de la misa exequial, generalmente en la iglesia parroquial.
- El último adiós de la comunidad al difunto en el cementerio.

El anuncio

El cristianismo no es sólo celebración de unos ritos, sino principalmente la proclamación de un anuncio. Por tanto, la misa exequial y todas las oraciones fúnebres son un contexto privilegiado para interpretar la realidad de la muerte a la luz de las verdades de la fe.

El anuncio se convierte en oportunidad para reflexionar sobre la **teología de la vida**: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10); y la **teología de la esperanza** cristiana, como respuesta creyente al “ansia de inmortalidad” unamuniana: “No os aflijáis como los que no tienen esperanza” (1 Tes 4, 13).

La resurrección de **Jesús** es el comienzo de una nueva humanidad que mira las cosas y la vida con la convicción de un destino último, que es Dios. La vida terrena, según el mensaje cristiano, no es un destino, sino el camino necesario que conduce a Él.

La diaconía de la caridad

- La Iglesia debe adoptar ante el problema del dolor, derivado de la pérdida de un ser querido, una actitud dinámica, tratando de ayudar a

La comunidad cristiana debe invitar a mirar a la muerte y al duelo posterior con realismo y esperanza

superarlo cuando es posible, pero también una actitud realista y esperanzada, ayudándole a transformarlo en un instrumento de bien o una invitación al crecimiento personal y como cristiano.

La persona en duelo tiene más **necesidad de escucha** que de fáciles o fríos consejos, por muy técnicos o bienintencionados que éstos sean.

- La curación del corazón dolido depende también de la capacidad del individuo afectado de reinvertir su patrimonio afectivo en otras personas o en otras causas para mantenerse abierto a nuevas oportunidades de dar o recibir. (Las *Confesiones* de san **Agustín**, escritas tras la muerte de un amigo suyo; la magnífica obra *Madre y muerte*, de O. González de Cardedal, ya citada; acción voluntaria, colaboración parroquial...)
- La Iglesia, como comunidad, está llamada a prestar una **atención especial a las personas en duelo**, para que en el dolor sufrido no se sientan solas u olvidadas, sino que adviertan la fuerza del respaldo comunitario. Frecuentemente, se escuchan afirmaciones doloridas como la de **Juani**, madre de un adolescente fallecido en un accidente: *"En realidad la gente huye de ti, porque no saben qué decirte. No están preparados para reaccionar más allá de la palmadita en la espalda"*. O la contestación de **Rosa**, otra madre quejumbrosa: *"El día del entierro la gente se vuelca en ti. Pero después desaparece. Tú les recuerdas que la muerte existe. Y tienen miedo"*.

La proximidad y el cuidado de la madre Iglesia se puede expresar a través de diversas iniciativas:

A nivel litúrgico:

- Liturgia de conmemoración de los difuntos de la parroquia propuesta en ocasiones particulares (cercanía de Navidad, fechas señaladas para esa familia...).
- Momentos de reflexión comunitaria sobre el tema de la muerte, el duelo y la esperanza cristiana.
- Invitación extendida a personas en duelo para participar en grupos de oración.

A nivel pastoral:

- Visitas a los domicilios de personas en duelo y que durante la enfermedad de un familiar ya fueron acompañadas por los miembros del equipo de pastoral de la salud.
- Implicación gradual de personas que han sufrido una pérdida en actividades e iniciativas parroquiales, para estimularles a encontrar nuevos horizontes en su vida sintiéndose útiles e integradas en su grupo.

A nivel socio-educativo:

- Promoción de grupos de ayuda mutua para personas que han sufrido una pérdida.
- Elaboración de un programa de conferencias sobre la muerte y el duelo, invitando a distintos profesionales, a modo de sensibilización.
- Apoyo a los "centros de escucha" que están trabajando en la misma zona o ciudad a los que se puedan dirigir las personas en duelo.

NOTAS

1. PAGOLA, J. A., *Hacia una muerte más digna*. Ed. Idatz. San Sebastián, 2001.
2. MORALES, E. y LOVEIRO, A., "Sigo adelante por la fuerza que Dios me da y yo no tengo". Revista *Misión*, nº 1 (2007).
3. PAGOLA, J. A., *Ídem*, p. 12.
4. CABODEVILLA, I., *Vivir y morir conscientemente*. Ed. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1991.
5. WORDEN, J. W., *El tratamiento del duelo: asesoramiento psicológico y terapia*. Ed. Paidós. Barcelona, 1997; y PANGRAZZI, A., *La pérdida de un ser querido. Un viaje dentro de la vida*. Ed. Paulinas. Madrid, 1995.
6. PANGRAZZI, A., *Ídem*, p. 55.
7. PAGOLA, J. A., *Ídem*, p. 16.
8. BERMEJO, J. C., *Estoy en duelo*. Ed. PPC. Madrid, 2005; o CABODEVILLA, I., *En vísperas del morir. Psicología, espiritualidad y crecimiento personal*. Ed. Desclée de Brouwer. Bilbao, 2001.
9. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *Madre y muerte*. Ed. Sigueme. Salamanca, 1993.
10. PAGOLA, J. A., *Ídem*, p. 22.
11. BERMEJO, J. C., *La muerte enseña a vivir*. Ed. San Pablo. Madrid, 2003.
12. PANGRAZZI, A., *Ídem*, pp. 133-145.
13. JÜLICHER, J., *Todo volverá a ir bien, pero nunca será como antes. El acompañamiento en el duelo*. Ed. Sal Terrae. Santander, 2004.

VII. LA VIDA SIGUE; NO TENGAS MIEDO

Como ya he dicho anteriormente, raro es el día en que no me topo con la muerte de un semejante. Pero, mientras preparaba este escrito, tuve la oportunidad y el privilegio de acompañar y despedir a mi anciana madre hacia su destino final con Dios. Durante las muchas horas junto a su lecho, pude ir relejendo, madurando y vivenciando todo lo que aquí comunico. Ya estaba todo ello dentro de mí por la formación recibida, la fe regalada gratuitamente y la práctica pastoral como capellán de una unidad de cuidados paliativos. Pero luego se me brindó la oportunidad de actualizarlo, de hacerlo como más propio, de ponerlo en práctica como ayuda para mi anciana madre y de poder testimoniarlo ante los que a diario colaboran conmigo en el equipo de pastoral; los trabajadores sanitarios con los que compartí una Eucaristía pocas horas después de fallecer y con la gente de mi pueblo y los amigos que acudieron a las exequias desde los más variados lugares.

Fruto de mi fe y de mi ejercicio profesional en temas de duelo, pude brindar a mi madre el más completo y gozoso de los cuidados. Sabiendo de su ambivalencia entre el deseo de morir, de dejar ya el cansancio de vivir y su temor frente a la bondad y certidumbre del más allá, uno de los últimos días en que comprendí que la vela se iba apagando, pude acercarme a ella con inmenso cariño y, tomándole de la mano, susurrarle al oído: *"Tranquila, mamá; no tengas miedo. Yo te acompaño de la mano hasta la orilla y al otro lado te recoge en sus brazos papá V. para conducirte hasta Dios. Y entre uno y otro lado caminarán contigo los ángeles de Dios"*. Y con la confianza que le brindó este mensaje y nuestra constante compañía, la mecha se consumió y ella se durmió serenamente y para siempre, dejándonos a los suyos por encima de la lógica tristeza, la satisfacción de la obra bien hecha. Ahora a ella y a nosotros nos queda el regusto creyente de que efectivamente: **"La vida sigue; no tengas miedo"**.